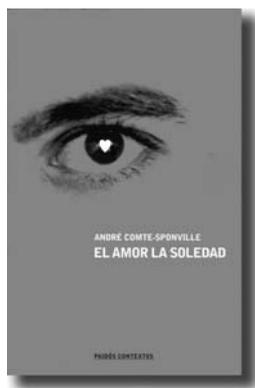


AMAR CON DULCE DESESPERANZA

JEFFERSON PIERRELUS

EL AMOR, LA SOLEDAD

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE,
TRADUCCIÓN DE GODOFREDO
GONZÁLEZ
PAIDÓS, BARCELONA, 2001.



El tema de la felicidad, que nos lleva por fuerza al del amor, no puede saturarse ni suturarse, porque cada quien ha de vivir su propia experiencia, y porque el destino nos ha dejado una herida abierta que nos recuerda que el ser humano está llamado a los dos sentimientos.

André Comte-Sponville nos dice en *El amor, la soledad*, una recopilación de tres entrevistas al filósofo francés, realizadas por Patrick Vighetti, Judith Brouste y Charles Juliet, y editada por Paidós, que no hay felicidad o amor verdadero fuera de la verdad y sin verdadera soledad, porque quien habla de amor habla de soledad.

No podemos amar en grupo. Como morir, amar es una

experiencia que nadie puede vivir en mi lugar. Desde la soledad, escuchamos una música que nos dice que sólo el amor da sentido a la vida y desde el amor, la soledad nos hace abrazar al otro desde su alteridad. Amor y soledad son dos constitutivos de la vida. Según Comte-Sponville, uno nos lleva a la palabra susurrada, pero no dicha, el silencio; y el otro, al deseo carente de justificaciones racionales, el amor. La soledad no elimina la pluralidad, la consolida, nos confía el autor. Con Rilke, dice que el amor es el encuentro querido de dos soledades. Este concepto del amor, nutrido también de la filosofía de Epicuro, y desarrollado a lo largo de esas entrevistas, descansa sobre el deseo desesperanzado.

Comte-Sponville, contrario a lo que muchos piensan, afirma que la desesperanza no es falta de amor sino la expresión más nítida del mismo. Ilógico, dirían unos, mas la desesperanza nos lleva a amar al otro desde él mismo, y en su propia soledad.

Cita a Séneca, quien afirma: “Cuando hayas desaprendido a esperar, yo te enseñaré a querer”. La desesperanza nos abre un horizonte sin ilusiones, sostiene el autor. Entre más esperanzas acariciamos, más grande es nuestra frustración, ya que esperamos casi siempre lo que no depende de nosotros, lo inalcanzable. Para sostener su argumento, se apoya en Pascal, quien afirma: “Nunca vivimos, sino que esperamos vivir...”

Hemos de aprender a amar a las personas sin esperanzas, ya que la esperanza y el rencor van siempre unidas como unidos van el amor y la comprensión. Camus llega aun a decir que toda la desgracia humana proviene de la esperanza.

No obstante, muchos podrán citar el dicho latín *Dum spiro, spero*: mientras respiro, espero. Pero hay que añadir que este respirar despide casi siempre un olor a frustración y a decepción. Spinoza afirma que no hay esperanza sin temor, ni temor sin esperanza.

El amor que procura la felicidad es un amor que se desvive por lo real, y por lo tanto vacío de esperanza. Esta última apunta hacia lo irreal, mientras que el primero elige al próximo, a la o las personas que nos rodean, que

Una experiencia ciudadana única

DEMOCRACIA DIRECTA. LA PRIMERA INICIATIVA POPULAR DE LEY EN MÉXICO

JUAN MANUEL RAMÍREZ SÁIZ,
ITESO, GUADALAJARA, 2002.



viven con nosotros, que son nuestros prójimos; el amor se enamora de lo que se puede tocar, oler, acariciar y palpar y se pierde en él.

El amor desesperanzado nos acerca, confiesa Comte-Sponville, a la vida gozosa y a la verdad, dicho de otro modo, nos hace penetrar en una verdad gozosa y vívida. Si la esperanza da vida, prosigue, no es por sí misma sino por el deseo que la sostiene. De hecho, aquélla sería una de sus manifestaciones.

¿Y qué es, pues, el deseo? El deseo es el motor de la vida. Tanto para Aristóteles, como para Spinoza, sin olvidar a san Ignacio de Loyola, es el ser humano mismo; la capacidad y voluntad de vivir la vida con intensidad, alegría y pasión. Por tanto, no se trata de renunciar a él sino de desear lo posible, ya que el amor se vive siempre en el aquí y ahora. La invitación que nos hace Comte-Sponville consiste pues en esperar un poco menos del otro y desear amarlo un poco más.

Así, lejos se encuentra del concepto platónico del deseo, a saber que éste es una carencia, que se desea lo que no se tiene (*El banquete*). Antes bien, el filósofo francés se acerca a Epicuro y a Spinoza, para quienes el deseo es aprender a gozar la vida, perenne y fugaz, tal como es. Si el deseo fuera falta, entonces no valdría la pena dedicarle ni un instante al amor, piensa. Ése sería sinónimo de aburrimiento.

El regocijo del amor es precisamente amar lo que uno desea, lo que le instala en la verdadera felicidad. Desear a quien uno ama, desear lo que se tiene es el grito alegre del alma que ha probado la miel de la felicidad. Esta felicidad desesperanzada o amor feliz consiste en desear a quien amamos y amar a quien deseamos, sin esperar mucho de ella.

Para terminar, habría que esperar un poco menos del otro y amarlo más, pues la esperanza amarga. La generosidad no necesita de la esperanza. Hay que vivir el amor y amar la vida. Ésta es siempre un encuentro de soledades que se da en el regazo del instante. Este instante que se rebela y resbala al lenguaje y al tiempo nos abre la puerta de la eternidad: la felicidad. ■

En México, la política y la sociedad pasaron por cambios vertiginosos, entre 1988 y 2000. Sin embargo, para muchos es difícil precisar en qué consiste esta nueva realidad. Este libro analiza un proceso muy ilustrativo: la primera experiencia de una iniciativa de ley que los ciudadanos impulsaron y presentaron al Congreso del Estado de Jalisco. El caso del colectivo Voces Unidas y su iniciativa de ley contra la violencia intrafamiliar se estudia, a la luz de las teorías de la democracia directa, para descubrir hasta qué punto se dio la deliberación entre los actores de este proceso, con una mirada crítica que ayuda a derribar mitos y prejuicios acerca de las ONG y los legisladores.

Se despliegan elementos de análisis con la advertencia de que, al tratarse de la única experiencia ciudadana de este tipo, “ni la experiencia ni el estudio son extrapolables [y] no permiten derivar juicios sobre otros ejercicios de democracia directa, menos aún realizar valoraciones generales”. Destacan los principales problemas que enfrentó esta iniciativa de ley: su complejidad, su costo social, las tensiones que originó en el grupo y con los diputados, las lagunas de información y competencia, la insuficiente deliberación ciudadana y legislativa y la imposibilidad de lograr uno de sus cometidos institucionales. A partir de los costos totales de esta experiencia, se plantea si tiene sentido intentar otra vez ejercer la democracia directa por la vía de la iniciativa popular, el plebiscito o el referéndum. La evaluación final es necesariamente distinta según quien la realice. Para las minorías sociales activas y consistentes sigue teniendo sentido ejercer la democracia directa, en función de objetivos tematizados, debatidos y acordados por medio de la deliberación. Pero también es previsible que en este terreno medirán con realismo las implicaciones y que esta precaución no será para aminorar su compromiso ciudadano sino para hacerlo más efectivo.